

Originalveröffentlichung in: Pohlmann, Ulrich ; Cogeval, Guy (Hrsgg.): Ver Italia y Morir : fotografía y pintura en la Italia del siglo XIX, ... Fundación MAPFRE, Madrid, 6 de octubre - 20 de diciembre de 2009, Paris 2009, S. 76-81

MEZZOGIORNO: EL MILIO PELIGROSO

— MICHAEL F. ZIMMERMANN —

VER ITALIA Y MORIR. Empujados por un deseo, una corriente continua de turistas culturales recorre la península de los Apeninos desde hace ya cuatro siglos. Los viajeros llegan a un país desgarrado, cuya miseria, prácticamente imposible de mitigar, cohabita con una vitalidad inquebrantable. El mito de Italia ha estado plagado de contradicciones: por una parte, se la admira como una de las más antiguas culturas de Occidente; por otra, se tolera el crimen organizado y la *malavita*. Italia es «objeto», inquietantemente hermoso, de observación voluptuosa, de proyección sublime y de análisis psicológico; es la hermosa concubina de Europa. «Sujeto» no lo es casi nunca; en muy rara ocasión se deja de hablar «de» Italia, para hablar «con» ella, como si de un miembro de la familia se tratara.

La contradictoria relación entre el norte de Europa e Italia se hace aún más palpable al comparar el norte y el sur, o Mezzogiorno: un extraño dentro de la nación. A ojos del turista, sin embargo, a partir del siglo XIX, el norte y el sur se funden para formar una medalla con dos caras.

Un libro de Hippolyt Haas sobre su viaje por el sur de Italia revela los clichés que caracterizaban la imagen que los alemanes tenían del país en 1904. El autor estudia únicamente los centros neurálgicos que frecuenta el visitante nostálgico de la Antigüedad: Nápoles y Sicilia. Las observaciones de este geógrafo sobre el «país y sus habitantes» resultan reveladoras por su carácter expeditivo: «El italiano meridional es vivaz, apasionado y astuto, pero muy a menudo también peca de holgazanería y de falta de energía; una naturaleza intuitiva, abierta en gran medida a los impulsos más nobles, pero que no en pocas ocasiones resultan ser flor de un día. Además de todo ello, es cruel y supersticioso; los más cultos suelen presumir de librepensadores, pero el pueblo es mojigato hasta más no poder»¹. A estos rasgos, Haas contrapone otros aspectos positivos, igualmente imposibles de erradicar, que distinguen a los napolitanos: «En primer lugar, una sensibilidad innata para la belleza, que posee incluso el *lazzarone* más harapiento; talento para la poesía, gusto por el arte en general y mucha alegría de vivir, a pesar de llevar una vida miserable en muchos aspectos»². No obstante, el sentido crítico de Haas es más fino para la fotografía que para las observaciones sobre psicología popular. Su libro está ilustrado con fotografías de Giorgio Sommer e hijo, y de los florentinos hermanos Alinari y sucesores³. Esta obra muestra esa mezcla de paisajes panorámicos*, vistas urbanas y retratos de género** de *lazzaroni****, pescadores y estibadores aparentemente inactivos, *pifferari*, músicos callejeros y vendedores de *maccaroni** que determina en general toda la fotografía italiana de finales del siglo XIX, sobre todo la que despertó el interés del norte de Europa⁴.

El sur configura el estereotipo que el norte de Europa se ha formado de Italia. Sin embargo, incluso si nos remontamos históricamente a la visión de los italianos sobre el Mezzogiorno, apenas se puede distinguir entre realidad y proyección. En cualquier caso, merece la pena intentarlo, y no solo porque gracias a ello se aprende a ver en las

* cat. 123
** cat. 191
*** cat. 192
* cat. 190

• 1 Haas 1904, p. 48. • 2 *Ibid.*, p. 52. • 3 Múnich 1992, Nápoles 1981, y París 2004. • 4 Fundamental para estudiar la fotografía italiana del siglo XIX son Becchetti 1978, Florencia 1979, y Colonia 1994. Para un resumen de los comienzos de la fotografía en el sur de Italia, véase Miraglia 1994², pp. 47-56.

fotografías un escenario distinto: si se conocen las estructuras de la *malavita*, no solo aumenta la sensibilidad hacia aquello que el cliché esconde, sino que la propia construcción del estereotipo se hace también transparente y la presencia de la opresión cobra un protagonismo mayor. Las indicaciones tienen como objetivo ayudar al observador a descubrir a los seres humanos que se ocultan detrás de los personajes. Asimismo, pretenden evitar esa sonrisa de superioridad que siempre suscita la visión de los estereotipos.

En los años 1859-1860, la unificación de Italia supuso un compromiso inaudito entre élites de muy distinta índole: tropas piemontesas arrebataron el norte al imperio austro-húngaro con el apoyo del Segundo Imperio francés, mientras que el sur era conquistado por voluntarios de talante demócrata-radical bajo el liderazgo de Giuseppe Garibaldi⁵. Más tarde, estos contrastes se ocultarán tras la leyenda de la unidad de ambas fuerzas en las guerras de unificación⁶. Cuando Haas habla, en 1904, de los hombres «cultos» del sur de Italia, que «suelen presumir de librepensadores», se refiere, sobre todo, a los demócratas radicales y a los anarquistas. Más poderosa que la de éstos era, no obstante, la resistencia de un campesinado analfabeto en su práctica totalidad. La administración, gestionada por funcionarios del norte, no se sentía como propia, y la carga fiscal y los reclutamientos, hasta entonces desconocidos, empujaron al sur hacia unas revueltas que se transformarían en una guerra sin cuartel entre 1861 y 1866. Stendhal había descrito ya el *brigantaggio* existente en los Estados Pontificios y en el sur de Italia; confió la publicación del capítulo correspondiente a su viaje a su primo Romain Colomb, quien lo incluyó, sin mencionar su autoría, en su *Journal d'un voyage en Italie et en Suisse pendant l'année 1828*, publicado en 1833. Los *briganti* eran descritos como unos sujetos enfundados en trajes de vivos colores que encontraban cobijo entre la población rural. Fascinado, Stendhal describe el terror que causaba su repentina e inesperada aparición: en cualquier momento, un pastor podía abalanzarse sobre un viajero y, al grito de «per l'amore di Dio», degollarle con un estilete. Al igual que los héroes del Oeste norteamericano, el *brigante* era un *outlaw*, un fuera de la ley, que ponía en tela de juicio el sistema de valores de la sociedad⁷.

Para lograr la unificación administrativa de la península, se desplegó por todo el territorio un aparato administrativo de carácter centralista dividido en provincias controladas por prefectos. Sin embargo, en los municipios las personas notables gozaban de bastante libertad de actuación. Así, las corporaciones municipales estuvieron dominadas por propietarios de latifundios, mafiosos y pequeños comerciantes locales. El deber principal de los prefectos, que al principio procedían mayoritariamente del norte del país, era multiplicar las posibilidades de los candidatos del Gobierno al Parlamento Nacional⁸. Aunque a partir de la década de 1880 cada vez fueron más los italianos del sur que ocuparon estos puestos, la situación tampoco mejoró, pues si querían ascender como funcionarios de carrera les convenía seguir apoyando al Gobierno⁹. Después de 1860, los *briganti* se enfrentaron de manera sis-

• 5 Della Peruta 1989. Sobre el Risorgimento véase Masi 1911, y Maturi 1962. Véase también Lovett 1982, pp. 91-156. • 6 Della Peruta 1996. • 7 Stendhal 1973, pp. 1.036-1.038, 1.234-1.249 y 1.753-1.754. • 8 Aliberti 1993, pp. 95-105. • 9 Ruffilli 1989.

temática al Estado nacional liberal. Agentes borbónicos, que actuaban enviados por los Estados Pontificios, movilizaron al pueblo contra el Estado laicista. De esta manera, en 1862 fue declarado el estado de sitio en el sur de Italia, incluida Sicilia¹⁰. La táctica del movimiento estaba basada en el robo callejero, el desvalijamiento de grandes haciendas, la devastación de campos de cultivo, salvajes matanzas de ganado, el robo de cosechas, la presión por el pago de rescates, asesinatos por venganza... Los alzamientos no comenzaron a remitir, bajo la presión militar, hasta los últimos años de la década. Y, aún así, a finales del siglo XIX estallaron en Sicilia revueltas sociales que en ocasiones se extendieron por todo el sur¹¹.

Si se ha idealizado el *brigantaggio* como una forma temprana de protesta social, hoy en día se han identificado ciertas relaciones enmarañadas con el feudalismo y una continuidad con el crimen organizado. En Sicilia, por ejemplo, una vez abolido el feudalismo en 1812, las bandas fueron dominadas por la antigua nobleza territorial, que pronto comenzó a beneficiarse de fuentes de ingresos adicionales, como el contrabando¹². Ya en la década de 1870 brotaron reproches por lo extendido de una miseria que se había convertido en parte del sistema, dado que la clase política de Roma mantenía una relación de clientelismo con las regiones subdesarrolladas del país; se sospechaba que la mayoría parlamentaria italiana dependía de la dispensación de favores a la clase política dirigente del sur. De hecho, la legitimidad de todo el sistema político estaba en tela de juicio¹³. Muchos críticos emitieron un diagnóstico homogéneo, pero nadie encontró la manera de acabar con la miseria. El abrupto aumento de los impuestos a la agricultura, con el fin de recaudar fondos para construir con rapidez una red ferroviaria nacional, se interpretó como un expolio del sur. Por otra parte, la eliminación de las barreras comerciales dejó a la pequeña empresa a merced de la competencia con el norte. Así pues, mientras el Risorgimento perjudicó al pequeño agricultor y a los gremios urbanos, las élites del sur fueron compensadas por Roma con nuevos privilegios y subordinaciones. De esta forma, el desnivel entre el norte y el sur se hizo todavía más profundo: desde las tasas de natalidad hasta el analfabetismo o la emigración¹⁴. Pronto llegaron las exigencias de una reforma global del sistema económico y social de la nación para solucionar estas diferencias; exigencias que, unas veces, tomaban un camino democrático y social y, otras veces, autoritario¹⁵.

Pasquale Villari fue uno de los primeros en describir estas relaciones en una serie de cartas dirigidas a la revista romana *Opinione*, que fueron publicadas en marzo de 1875. Bajo epígrafes como «La camorra», «La mafia» e «Il brigantaggio», este historiador napolitano, asentado en Florencia, analizó los abusos más extremos. En Nápoles, la soberanía borbónica había alimentado durante siglos la aparición de un proletariado urbano desvalido que crecía constantemente y que, debido a la absoluta falta de formación de sus integrantes, estaba a merced de criaturas más fuertes, que el propio proletariado seguía promoviendo¹⁶. Villari conduce a sus lectores por los *fondaci* de Nápoles,

• 10 Alfonso Scirocco, «Il brigantaggio e l'Unità d'Italia», en Nápoles 1984, pp. 17-26. • 11 Nápoles 1984.

• 12 Giovanna Fiume, «Bandits, Violence and the Organization of Power in Sicily in the Early Nineteenth Century», en Davis y Ginsborg 1991, pp. 70-91, y Riall 1998. • 13 Graziano 1980, pp. 92-112. • 14 Clark 1990,

pp. 161-167. • 15 Romanelli 1990, pp. 186-190. • 16 Villari [1875] 1902, pp. 423-424.

barrios pobres y superpoblados, de callejones oscuros, donde se alineaban edificios de varias plantas en los que se alquilaban rincones para dormir a precios de usura. En las cercanías del puerto, estos barrios solían estar a la altura del nivel del mar, o incluso por debajo, de manera que los húmedos sótanos, asimismo habitados, harían imposible construir una canalización.

Villari no atribuye el *brigantaggio* a motivaciones políticas, sino únicamente a la miseria social. Afirma que era ante todo el desvalimiento legal de los jornaleros y campesinos arrendatarios lo que les empujaba una y otra vez hacia las bandas, donde llevaban una vida mucho mejor. Lamenta el abandono en que se encontraban las haciendas. Los latifundistas, por lo general absentistas, las dejaban en manos de *gabellotti*, es decir, de arrendatarios o subarrendatarios. Si éstos no lograban arrancarle al suelo hasta la última brizna de hierba, siempre con métodos anticuados y con unos trabajadores infrarremunerados, realquilaban el terreno con contratos injustos. Mediante estrategias propias de la *usuria*, es decir, el cobro de intereses abusivos por el préstamo de semillas, el arrendatario, en deuda con el *gabellotto*, acababa convirtiéndose en una especie de esclavo. Según Villari, a diferencia de la camorra, la mafia siciliana no se amparó, en primera instancia, en la pobreza de las ciudades, sino que nació entre los cultivadores de naranjas próximos a Palermo. Estos se habían hecho, por un lado, con el comercio de cereales y tenían colocados a los arrendatarios y *gabellotti* en los grandes latifundios del interior del país. Si algún propietario se enfrentaba a un administrador propuesto por la mafia, no era insólito que pagara su atrevimiento con la vida. Pero la violencia estaba dirigida sobre todo a los estratos inferiores. La mafia imponía unos contratos de arrendamiento injustos y pagaba a los *guardie di campagna* para mantener la disciplina entre los jornaleros¹⁷, para los que, a menudo, la única alternativa era la emigración. La mafia aparece pues como instrumento de opresión de una difusa clase media sobre las clases más bajas¹⁸.

Dos políticos de la Toscana, Leopoldo Franchetti y Sidney Sonnino, viajaron durante la década de 1870 por las regiones de los Abruzo, Molise, Basilicata, Calabria y Sicilia, basando sus valoraciones en datos estadísticos y desterrando con ello el prejuicio de la fertilidad natural del sur. Ya Goethe, en su *Italienische Reise (Viaje a Italia)*, aduce esta supuesta fertilidad como explicación del *dolce farniente* y del fatalismo de la población rural¹⁹. Sonnino, un barón de Pisa de origen judío que fue educado en la creencia protestante de su madre escocesa, propuso al sur la adopción de la *mezzadria*, un sistema de arrendamiento hereditario enfiteútico, como panacea contra la ausencia de los propietarios y la explotación de los administradores²⁰. En 1882, Pasquale Turiello describió el sistema político del clientelismo como la causa que condujo de manera paulatina a la paralización del sur de Italia. A esas alturas, ya se había desmoronado toda esperanza de que un Gobierno regido por fuerzas democráticas radicales pudiera mejorar las condiciones de vida gracias a la profundidad de sus raíces en el sur. Turiello confiaba en un Estado fuerte y autoritario que se impusiera como meta una política agre-

• 17 Villari [1875] 1902, pp. 433, 443 y 447. • 18 Blok 1981. • 19 Goethe [1829] 1992, p. 244. • 20 Franchetti y Sonnino [1877] 1925.

siva. En su obra se perfila ya el creciente escepticismo hacia la democracia que cundía entre los jóvenes intelectuales y que conducirían a Italia hacia la dictadura fascista²¹. El sur de Italia, un caldo de cultivo para la religiosidad supersticiosa y la rebelión anarquista, se mantuvo alejado de la visualización a través de la pintura naturalista o de la fotografía documentalista; en una palabra, se sustrajo al verismo, el idioma artístico de los ciudadanos ilustrados. Sólo ha quedado documentado en la fotografía de los acontecimientos políticos y bélicos del Risorgimento²². Ejemplo de ello son las fotografías, difundidas en calidad de *stock photography*, de oficiales piemonteses con gesto triunfal sobre los cadáveres de *briganti* fusilados. Aunque cada una de las fotos era una copia original, formaba parte de una producción en grandes series. Se pueden encontrar también fotografías coloreadas de mujeres de *briganti* posando*. Al espíritu positivista de las élites liberales no le gustaba navegar en aguas turbias. Así, muy pronto, el norte de Italia excluyó al sur de su conciencia política y cultural. De una parte, la fotografía cultivaba aquellos géneros que respondían a los intereses geográficos y culturales de las personas que realizaban personalmente viajes de estudios: las tomas panorámicas situaban en primer plano un paisaje cultural centenario, y las vistas de ciudades hacían lo propio con la modernización urbana²³. En este sentido, las imágenes perpetuaban las tradiciones de la pintura paisajística y de las *vedute*. Por otra parte, cuando no se limitaba a plasmar paisajes, la fotografía enlazaba con motivos tradicionales. Esta tendencia es aplicable especialmente a la fotografía de viajes, que apenas se ocupaba de las peculiaridades paisajísticas o del folclore, sino que, en su lugar, buscaba ejemplos de una Italia estereotipada²⁴.

* cat. 187

En la representación de campesinos se entremezclaban, sin embargo, proyecciones de un Mediterráneo eternamente fértil, fuente de todos los mitos y religiones, con imágenes de miseria y criminalidad o con reminiscencias del mal de ojo. Así, el pintor Francesco Paolo Michetti captó al campesinado en fotografías estereoscópicas de una precisión etnológica. Su amigo, Gabriele d'Annunzio, proyectó en sus escritos su total aversión a la pobreza y la superstición²⁵. Wilhelm von Gloeden, entre 1878 y 1914, se dedicó a fotografiar bellezas adolescentes, predominantemente masculinas*, que situaba en escenarios felices y evocadores de una Antigüedad eterna. En Taormina, ciudad que eligió para vivir, Von Gloeden renovó la tradición de la poesía bucólica y pastoril. Sin embargo, en el medio fotográfico, la composición forzada de las figuras se convierte en una parodia* y se perfila la tendencia hacia una fotografía moderna y comercial de desnudos. Detrás de la vitalidad aparentemente inocente de los jóvenes campesinos y campesinas de Michetti, acecha la amenaza de que puedan convertirse en *briganti per l'amore di Dio*. En el mundo inocente de naturalidad arcádica de Von Gloeden se esconde un voyeurismo moderno. En ambos casos se trata de un idilio peligroso. Quizá eso sea precisamente lo que lo hace tan atractivo •

* cats. 226 y 236-238

* cat. 4

• 21 Turiello 1882. • 22 Sobre la fotografía del Risorgimento, véase Vitali 1979, Galasso 1981, pp. 9-19, y Miraglia 1994, pp. 18-33. • 23 Sobre los géneros de la fotografía italiana, véase Picone Petrusa 1981, pp. 21-63, y Del Pesco 1981, pp. 65-107. • 24 París 1989, y Pohlmann 1997. Véanse también, en este catálogo, los textos de Ritter y Maffioli. • 25 Miraglia 1975.